

La novela del callejón: una literatura comercial, pero necesaria

Aranjuez

GILMER MESA

Penguin Random House, Bogotá, 2023, 292 pp.

CAMINANDO ESTAS calles con él en mi cabeza le agradezco también por eso, su herencia de amor por el barrio, aunque el mío se dé por otros motivos; mi afecto por esta topografía es igual al suyo, estas casas que veo, estas esquinas que cruzo tienen su aroma y el de tantos como él, olor a sudor, a gente que luchó este barrio, que lo sintieron su hogar, porque infatigablemente levantaron sus familias aquí, entre afanes, dolores y bregas, gentes anónimas que ganaron y perdieron parejo, y que siguen luchando por agenciarse un mañana; este barrio como cualquier otro es la gente que lo habita y la que yo conocí y conozco, es la que me hace sentir parte de algo, de ellos, y ellos de mí; por eso escribo su historia, porque al hacerlo me estoy contando a mí mismo, a mis dos familias: la de sangre y la de la calle, ambas abreviadas por la muerte, reviso en mi cabeza las historias que porto aún guardadas y las que he narrado y todas están plagadas de muerte. (pp. 286-287)

Aranjuez es una novela que logra lo que se propone: contar las historias del barrio. Es honesta en su pretensión: son testimonios crudos y descarnados de personajes que el narrador ha conocido.

Es una literatura que privilegia el fin más que el camino, el mensaje más que la forma, las historias más que la estructura. No hay aquí una urdimbre aguda, o una prosa descollante, o una propuesta en su sintaxis, sino más bien una narrativa cuya atención está enfocada en retratar las calles del barrio, en hacer un homenaje a personas que siguen vivas y otras que se han ido. El motivo es el fallecimiento del padre del narrador, que fue quien lo instaló en un escenario en el que los relatos podrían parecer inverosímiles, pero es

que la realidad de Aranjuez –y acaso la de tantos suburbios latinoamericanos– lo es.

[...] en este barrio la gente parece condenada a la infelicidad o, lo que es peor, a conocer la felicidad y perderla, o a conocerla de una manera tan fugaz y desapercibida que solo saben que la tuvieron cuando se ha esfumado, la complacencia se da a cuentagotas, manera extraña como se manifiesta la desdicha porque entraña la esperanza que da el intersticio feliz, haciéndonos creer que como ya se conoció es posible en un futuro, obligándonos a ir en su procura perpetuamente. (p. 100)

Es probable que, para un lector que desconozca las adversidades de la pobreza, las ironías y contradicciones de la vida alejada de cualquier ventaja económica, las ingeniosas maneras en que algunos sobreviven, y los trágicos desenlaces de tantos que nacen sin la menor suerte... Es probable que, para este lector, lo que se encuentra aquí no parezca real.

Acaso sea necesario sentir de cerca el entorno para comprender que buena parte de lo que cuenta Gilmer Mesa en *Aranjuez* es posible, pues, aunque las gentes difieran, la calle y sus códigos son los mismos en todos los guetos latinoamericanos.

En un barrio hay callejones y esquinas que tienen propietarios. Hay grupos que operan al margen del Estado, que imponen su ley, que fungen como verdugos y héroes, víctimas y victimarios, justos y pecadores. Hay aspirantes, hay diletantes, hay entusiastas, y hay quienes mueren en el intento. Mesa llama a este grupo “los pillos”.

Pero está la otra cara de la moneda, las personas que luchan día a día por su familia, que anhelan un devenir distinto, que encuentran gusto en deportes y disciplinas, en procura de un futuro mejor. Gente honesta, trabajadora, dedicada, gente comprometida. A ellos Mesa les llama “los sanos”.

“Pillos” y “sanos” hacen parte de la misma jungla, y por eso el camino de algunos termina cruzándose con el de los otros: esa amalgama es una metáfora de la vida y la muerte. Algunos fallecen, otros sobreviven. Algunos salen adelante, otros fracasan en el intento.

Los personajes de Mesa –Jaime,

Byron, el Chino, Ñoño, Walter (el pastor López), los hermanos John Wilson y Giovany, Simona, Leonor, Clara y Marianita, entre otros– son el retrato de una cultura a la que es necesario escuchar para entender, conocer para atenuar, observar para asistir.

Y no se trata, como dice el escritor en una entrevista publicada en *El Colombiano* (18 de septiembre de 2023), de una “discriminación positiva” –de hecho la obra presenta algunas fallas de las que pronto hablaré–, sino que como país necesitamos sensibilizarnos con aquello que ya nos parece común, espantarnos con nuestro diario acontecer, sorprendernos de nuestras tristes costumbres. Ese es el mayor aporte de *Aranjuez*.

Pero aun con todo esto, y en aras de una lectura despojada de la “discriminación positiva” que reclama el autor, hay que decir que la novela por momentos carece de persuasión literaria. No por lo que cuenta –que en otro territorio podría ser más extremo– sino por su forma.

El narrador de *Aranjuez* es una primera persona que lo sabe todo, que se incrusta en la mente de sus personajes: de los amigos de sus amigos, de los amantes, de los conocidos, de todos (los ejemplos son muchos). Y entonces el pacto narrativo con el lector se desvanece.

Lo anterior suscita una ambivalencia. Porque, como literatura comprometida y social, esta novela es valiosa; quiero decir, como una obra que, en principio, incentiva el contacto con la literatura, y luego con otra(s) literatura(s). Pero como arte sin banderas –por fuera de ese primer contacto al que podría llegar un lector neófito– resulta una obra liviana, entre otras cosas porque los matices que el autor busca atizar en algunos capítulos se esfuman por apelar a lugares comunes.

Por ejemplo, hay un fragmento titulado “Los monos”, que habla de dos hermanos bellos por ser rubios y “de ojos claros como agua de borrascas” (p. 223). Uno de ellos es tímido y el otro es un donjuán que se acuesta con cuantas mujeres ha querido, hasta que un día este último se enamora de una chica universitaria que está comprometida con un sujeto de fortuna dudosa. La chica ha tenido que soportarlo porque sus padres validan esa relación, pues su prometido

RESEÑAS		NOVELA
<p>la complace en todo lo que quiere. Y entonces, como fábula de telenovela, el amor parece prevalecer: el chico bello y la chica universitaria deciden rebelarse, pero el amante y su ego varonil jamás permitirían un desenlace que pusiera en duda su imagen, y por eso decide mandar a asesinar al enamorado. El problema es que los sicarios confunden al donjuán con su hermano el tímido. “Esa muerte confirmó una vez más que la violencia es la negación absoluta de la belleza, y que la belleza en una sociedad tan fea es una maldición” (p. 246).</p> <p>Este capítulo –y uno que otro que el lector identificará– podría haber sido suprimido y se hubiera evitado el tufillo moralista, que busca dejar lecciones en el lector. Con lo cual surge la pregunta: ¿qué posición tomar frente a <i>Aranjuez</i>? Bueno, tal vez no sea incorrecto permanecer en la ambivalencia.</p> <p>Es necesario hacer honor a las palabras de Mesa en la citada interviú:</p> <p style="padding-left: 40px;">A mí, por ejemplo, cuando me quieren alabar, siempre se les cuela como, este man es un gran escritor y es del barrio, como si eso fuera un atributo, o cuando me dicen sobreviviente, o víctima... Necesitan adjetivar para restarle valor, supuestamente dándoselo, y eso es una forma de arribismo muy sutil y muy sofisticada.</p> <p>De acuerdo. Un gran escritor no lo es por el lugar de donde proviene, y menos por el sitio donde habita (no hace falta recalcar, en las entrevistas, que no se ha salido del gueto). Un gran escritor es aquel que vuelve universales sus más absurdos y triviales conflictos existenciales.</p> <p>La obra de Gilmer Mesa viene a la par de un proyecto musical de Alcolirykoz que lleva el mismo nombre del libro. Eso la hace más atractiva y, por eso mismo, más comercial. Lo anterior no quiere decir que haya una intención mercantil, pero al estar sometidos a los paradigmas neoliberales de existencia la mayoría de nuestras acciones terminan atravesadas por esas lógicas, sobre todo cuando se trata de las expresiones artísticas.</p> <p>Será el tiempo el que se encargará de determinar si se trata de una moda del presente, si solo es algo llamativo,</p>	<p>digerible, <i>cool</i> y por ende rentable, o si sus libros se renovararán y generarán nuevas exégesis.</p> <p style="text-align: right;">Jaír Villano</p>	